

“Me encanta cuando lloras porque te haces más humana pero adoro cuando sufres porque incluso parece que tienes alma”

La oscuridad se cernía de forma lenta y anómala sobre el rostro de Lady. La tenue luz de las farolas apenas conseguía iluminar el ancho bulevar sobre el cual retumbaba el eco de los tacones de la joven. Ésta avanzaba a un paso rápido y ágil sobre el asfalto; esquivando los pequeños charcos de agua que la lluvia había dejado a su paso el día anterior. Éstos se veían claros como un río virgen y estaban adornados por pétalos de rosa desprendidos de los verdes y cuidados matorrales de aquel hermoso paraje. Pero por muy idílico que este fuese; por muy limpio y pulcro que estuviese el bulevar; por muy rojas y esbeltas que estuviesen las rosas y por muy brillante y gigantesca que estuviese la luna que iluminaba sus pétalos había algo que hacía que todo perdiese su encanto: la pestilencia en el aire. Realmente Lady no soportaba ese olor. Un aroma putrefacto que nunca antes había penetrado sus fosas nasales ahora golpeaba con dureza su estado de conciencia. La mareaba, la hacía tambalearse de un lado a otro desafiando su equilibrio; incluso podría decirse que parecía borracha si alguna vez hubiese conocido el estado de embriaguez. Pero aquello no le impedía centrarse en un curioso detalle: el silencio. La gente allí parecía demasiado quieta. ¿Qué estarían haciendo? ¿Hablaban en voz baja? Y en ese caso... ¿Sobre qué hablarían? ¿El programa dietético del día? ¿El nuevo modelo de ropa de la semana? Aquella solía ser la típica conversación diaria en ciudad Utopía. Aunque la joven seguía sin comprender por qué estarían hablando en un inaudible tono de voz; ella pensaba que tal vez se debiese a que el extraño aroma que impregnaba el ambiente también los mareaba. (En ciudad Utopía no existían los calificativos negativos; todo lo desconocido que causaba algún tipo de malestar se denominaba como “extraño”. Incluso la palabra “malestar” no existía en el vocabulario.)

Mientras Lady seguía su camino, una peculiar muchacha parecía dirigirle una sonrisa, sentada sobre el frío banco de piedra, a escasos metros de su posición. Poseía una cascada de pelo rubio que caía grácilmente sobre sus hombros y un brillo en la mirada que se perdía entre la oscuridad de la noche. Pero lo más curioso en ella eran esos gruesos labios carmines, de un color tan intenso que no lograba ocultar ni la más espesa tiniebla. Lady no conseguía diferenciar

bien el resto de su figura pero estaba totalmente segura de que le había sonreído; así que rápidamente le devolvió, de la misma forma educada y cordial, aquel bello gesto.

-Buenas noches, señorita-dijo Lady amablemente mientras seguía caminando de frente, sin detenerse ni un segundo para seguir hablando. Tenía cierta prisa.

Pero la muchacha no le respondió, o eso le pareció a Lady. Tal vez también hablase en voz baja. Entonces, una suave brisa rozó su oído, dejando en duda a Lady sobre si habría sido el viento o una respuesta de la chica. Ladeó suavemente su cabeza de un lado a otro y continuó andando. No tenía tiempo para pararse a pensar en tales banalidades. Algunos minutos más tarde, cien o doscientos pasos aproximadamente, Lady llegó a su destino. Se paró bruscamente frente a la gran puerta de roble macizo, respiró profundamente y apretó con fuerza sus párpados. Estaba nerviosa, muy nerviosa. Se quedó congelada durante unos instantes en aquella posición. No sabía qué hacer; llamar a la puerta, mantenerse *in situ*, volverse hacia atrás... Aunque aquella última opción no era demasiado viable; en una semana sería su cumpleaños y tendría que volver antes de esa fecha límite. Así que abrió los ojos, espiró el aire de sus pulmones y fijó su mirada en el llamativo cartel situado sobre la puerta. Las letras caoba llamaron bastante su atención; estaban perfectamente pulidas y brillaban con suma pulcritud:

“IVONNE'S CONSULTING”

Finalmente Lady decidió llamar. El ruido de su mano al chocar contra la puerta resonaba en forma de eco por lo que parecía ser un largo pasillo. Algunos segundos más tarde apareció ella; una mujer de edad insospechable por las capas de maquillaje que cubrían su rostro. Era esbelta, no podía negarse, pero había algo en ella que hacía intuir que no poseía la edad que intentaba aparentar. Claro que eso a Lady no se le pasó por la cabeza ni por un instante. En ciudad Utopía nadie superaba la edad de treinta y siete; no por falta de alimento o enfermedades, todo el mundo poseía una salud inmejorable y comida en abundancia, sino para controlar el número de habitantes en edad laboral. Al llegar a esa edad las personas debían ir a las llamadas “consultorías” y pedir un suicidio voluntario o solicitar el acceso a unas pruebas para vivir algún tiempo más. Pero por irónico que parezca, la inmensa mayoría de la población acababa optando por el suicidio. Las pruebas, según decían, eran demasiado duras y sólo la

élite, la gente denominada “plus-perfect” era capaz de superarlas; pero muy pocas personas entraban en ese grupo. Normalmente se trataban de aquellas que, como Lady, trabajaban en el campo de la investigación. La tecnología había avanzado lo suficiente como para que las personas supiesen de forma innata un determinado conocimiento para efectuar un trabajo, pero avanzar siempre es necesario y a algunas se les permitía el “privilegio” de salir de su cerrado mundo de felicidad y ampliar su campo de ideas.

-Te estaba esperando, Lady 509487-dijo la mujer mientras observaba su libreta-.
¿Preferiste adelantar una semana el proceso?

Lady asintió. Entonces la mujer la tomó de la muñeca y la acompañó hasta una gran sala con varias sillas y estantes llenos de pastillas; hizo un ademán con la mano y le indicó a Lady que tomase asiento mientras se acercaba a los estantes.

-¿Prueba o suicidio?-dijo la mujer con tranquilidad mirando a Lady de reojo.

-Prueba-contestó sin vacilar.

La mujer abrió los ojos como platos y casi se le cayó el bote de pastillas, el cual ya tenía parte de su contenido vertido a su alrededor, como si se hubiese caído varias veces sin que nadie lo recogiese. Entonces lo cambió inmediatamente por uno situado a su lado al escuchar la respuesta de Lady.

-De acuerdo.-contestó con una pícaro sonrisa en sus labios mientras le entregaba una pastilla azul-Tómame esto. Enseguida comenzaremos. Normalmente nadie suele elegir la prueba... -mencionó suavemente manteniendo la sonrisa-esa otra pastilla de allí-miró a Lady señalando el bote semi-vertido-proporciona una muerte indolora. ¿Estás segura de tu elección?

Lady volvió a asentir y se tragó la pastilla como si fuese un caramelo. Segundos más tarde comenzó a entrar en estado de somnolencia. Sus párpados caían poco a poco, su cuerpo cada vez se le hacía más y más pesado... Antes de perder totalmente su consciencia, Lady pudo apreciar cómo la mujer andaba cogiendo diversos artefactos: bisturís, tijeras, látigos... Pero la joven no se sorprendió. Para ella era impensable que la mujer pudiese hacerle daño. En ciudad Utopía no existía el odio. Todos se amaban, todos compartían sus gustos... en definitiva, todos eran casi idénticos. Esas personas de mentes puras y sanas nunca podrían hacer daño a nadie...

El tiempo que pasó en aquella especie de tumbona se le hizo insufrible. Por primera vez, Lady parecía vivir una pesadilla. En su mente se imaginaba a la mujer rajándole la cara, rapando su preciosa melena rubia, azotándole la espalda... magullando cada parte de su nívea piel. El dolor era inimaginable. Lady nunca antes había sufrido y aquel conjunto de nuevas sensaciones le transmitían un miedo indescriptible. Finalmente, despertó. La primera imagen que vio le hizo soltar un grito agónico. La mujer había desnudado su cara de cualquier resto de maquillaje. Tenía cicatrices por todas partes y su cabellera había desaparecido. Lady quería gritar, necesitaba gritar pero el pavor la paralizaba.

-Hemos terminado-dijo la mujer mientras se encendía un cigarrillo con su diestra.

Lady tenía la necesidad de huir; intentó levantarse de un salto pero tenía todo el cuerpo dolorido. Sus manos estaban ensangrentadas y sus mejillas, inundadas de lágrimas.

-¡Quiero un espejo!-gritó Lady-¿Por qué estoy así?

-No lo necesitas, querida. Te estás viendo a ti misma ahora mismo. Y estás así porque yo te lo hice. No me caes bien, ninguna persona que elige hacer la prueba me cae bien. Te odio-dijo con simpleza, encogiéndose de hombros-.Y a mí también me odiaron una vez, así que no te asustes... Solo te queda una cosa por hacer para ser una *plus-perfect*. Sal a la calle, puedes irte.

Lady no comprendía nada... ¿qué era el odio? ¿Cómo podía no caerle bien? En ciudad Utopía únicamente existía el amor... amor entre iguales; porque nadie era diferente, porque todos deseaban, pensaban y actuaban de la misma forma.

Entonces intentó incorporarse poco a poco, caminó lentamente hacia el final del pasillo y abrió la puerta. Y de repente, la verdad se descubrió ante sus ojos: había amanecido y todo seguía igual, aunque para Lady se había producido un cambio enorme; los pétalos de rosas estaban secos y podridos, la chica que antes le había sonreído no había cesado de mostrar su perturbadora y brillante dentadura, y aquel maldito color carmín se había extendido por todo el bulevar. Todo dejó de ser idílico, todo dejó de tener sentido. Apestaba a muerte.

Lady volvió a quedarse petrificada en la puerta por unos instantes pero en aquella ocasión tomó su decisión más rápidamente. Con sus últimas fuerzas recorrió de nuevo el pasillo. La mujer no se había movido de su sitio ni había parado de fumar. Lady la miró fijamente, las

lágrimas tampoco habían cesado de deslizarse sobre sus maltratadas mejillas. Entonces se acercó al estante; al sitio donde la mujer le había indicado que estaban situadas las pastillas para el suicidio voluntario. Le temblaba la mano pero aún así consiguió abrir el bote, tirando algunas de ellas, y llevarse una a la boca.

-Lo siento... Yo sólo deseaba entrar en la élite... vivir más tiempo... pero no así, es demasiado extraño...

-No te preocupes, querida. Vivirás más tiempo y de la misma forma que lo hacías antes. No todos logran alcanzar la perfección pero me motiva que haya gente que lo intente. Tal vez un día dejemos de ser maniqués con sonrisas sin vida.

Lady hizo una mueca de extrañeza y en apenas unos segundos cayó desplomada al suelo. La mujer tiró el cigarrillo y sin prisa alguna volvió a coger bisturí y se acercó al cuerpo inerte de Lady. Lentamente abrió su pecho y con indiferencia, le arrancó el corazón. Ya no lo necesitaba. Nunca lo había necesitado.

Pasaron las horas de sufrimiento indoloro pero al fin el cuerpo de Lady estuvo preparado. Estaba exactamente igual que cuando entró al consultorio: con un vacío interior. La mujer la levantó sin mucho esfuerzo y la llevó hasta el exterior, tenía las manos manchadas de sangre, con la cual teñía de un rojo intenso todo el asfalto. Colocó a Lady en el banco de piedra, junto a la chica de la sonrisa. Limpió un poco su ropa, ocultando los puntos de la “operación”; maquilló su cara para devolverle parte de su belleza y para terminar pasó su índice por los labios de Lady, de los cuales comenzó a gotear aquel singular líquido carmesí que resaltaba con el brillo de sus nuevos ojos de cristal.

-¿No querías vivir más años?-se mofó la mujer con cierta sorna- Te prometo, querida, que aquí vivirás todos los que quieras. No hay mucha diferencia, ¿verdad? Total, desde antes ya estabas muerta -la mujer comenzó a reír y movió levemente la comisura de los labios de Lady para dibujarle una sonrisa-. Ahora muestra esos maravillosos dientes, que dentro de poco llegará mi próxima cliente. Yo me retiraré a descansar. Odiar no es tarea fácil. Definitivamente lo peor de ser perfecta ...son los cargos de conciencia.

ESCRITO POR: MARÍA SOLÍS DIAGO 1ºBACH B

EL BULEVAR

DE LAS

SONRISAS

MUERTAS

Por María Solís Diago 1º Bach B